

y otras costumbres al propósito: de manera que no falte nada de lo que se desea saber.

CAPITULO PRIMERO

De la manera de elegir los Reyes de la Nueva España, con sus ceremonias, y de la gran magestad con que se trataban.

Después de haber tratado tan á la larga de las cosas de la religión de los indios, siguiendo el orden de las más Repúblicas, determiné para que todo viniese á propósito, tratar de la República y manera de gobernarse esta gente, con las demás buenas y notables costumbres, porque yo sé cierto que agradará, por haber en todo grandes cosas y dignas de ser sabidas.

Cuanto á lo primero, para que esta República vaya bien ordenada, paréceme que es bien, comencemos por la Magestad real, debajo de la cual se comprende toda república bien concer-

tada, porque como ya queda dicho de los tres géneros de repúblicas, que son, monarquía, democracia y oligarquía, la monarquía, que es gobierno de un Príncipe, es la más principal, y la que se conserva más seguramente, y sin menos revueltas del pueblo, y así estos indios tuvieron la monarquía, porque eran gobernados por Rey y monarquía muy poderosa; pero porque se vea qué orden y manera tenían de criar su Rey, y por qué cosas era reprendido y depuesto, quiero ante todo mostrar cómo eran electos estos Reyes.

Digo, pues, que muerto el Rey de México, que era el mayor príncipe de las Indias, que llamamos de Nueva España, y hechas las ceremonias (cuales contaremos adelante) en su sepultura, luego se hacia saber su muerte á los Reyes sus vasallos, que eran el de Tezcuco y el de Tlacopán, y después enviaban á avisar á los demás señores y ricos hombres de toda la tierra sujeta al Rey de México, éstos luego que sabian la muerte de su Rey, venian á gran priesa, y no habia excusa para esto, y traian grandes y ricos presentes para presentar al nuevo Rey que habia de gobernar y suceder al muerto. Comunmente la manera de suceder y heredar aquellos reinos era esta:

Que muerto el Rey, sucedían los hermanos, si los tenía, y á los hermanos el hijo del mayor, y así de los demás; en algunos reinos destos indios heredaban los reinos los hijos, y otros señalaban quién les sucedería, pero la costumbre más usada y que se tenía por más lícita, era la de los hermanos.

Juntos, pues, los Reyes y señores á quienes pertenecía venir, según sus leyes, que era como juntar cortes, lo primero de que se trataba era de quien tenía derecho al reino, y determinado allí por todos, luego lo nombraban y lo desnudaban en carnes, de manera que no llevaba sino unos paños con que cubría las partes de la honestidad, y así iba al templo principal, llamado Vicilo Puehlti, con gran silencio, sin música ni otro aparato real.

Llegado al patio, y puesto delante de las gradas del templo, subíanle de los brazos dos caballeros de los más principales de la ciudad, que eran como regidores; delante dél iban los dos Reyes y la demás caballería.

Estaban en lo alto del templo, donde se dijo que estaban los altares y los lugares de sacrificar el sumo sacerdote con los demás ministros, vestidos con sus ornamentos religiosos, y allí estaban los ornamentos reales y otros ricos ves-

tidos para cuando lo coronaban. Cada uno de aquellos señores llevaba delante de sí las insignias y armas de sus títulos en ciertas tablas como escudos, y subidos en lo alto, desde el Rey hasta el último caballero, hacían al ídolo cierta reverencia, y era con bajarse á la tierra y tocar con el dedo en ella, y después besarlo.

La primera ceremonia que el Pontífice hacía en la coronación, era untar de negro todo el cuerpo del nuevo Rey con cierta tinta muy negra, y después de esto, con un hisopo hecho de ramos de cedro, sauce y caña, rociaba el cuerpo del Rey, bañándolo en cierta agua que ellos tenían como bendita, y esto hacía cuatro veces, y decía ciertas palabras que tenían por santas. Hecho esto, luego le vestían una manta pintada de muchas cabezas de muertos, y de muchos huesos; poníanle dos mantas en la cabeza con las mismas pinturas, la una era negra y la otra azul.

Después desto colgábanle del pescuezo unas correas coloradas, largas de los cabos, de las cuales caían ciertas insignias, y á las espaldas le colgaban una calabacita llena de unos polvos, que decían tener virtud para que no le empeciese alguna enfermedad, ni el demonio le engañase.

Tenia esta gente por demonios á los hechiceros, y encantadores, ó brujas, y otras personas que tenían pacto con el demonio, también le ponian aquellos polvos para que no enfermase. En la fiesta llamada Temoua, que quiere decir descendimiento de los dioses, en la cual tenían por opinión y muy creído que si enfermaba, no sanaria jamás.

Poníale el sumo sacerdote en el brazo una taleguilla á manera de manípulo, en la cual iba incienso, y luego iba con mucha reverencia al ídolo é incensábalo, para lo cual le tenían aparejado un brasero con lumbre, y él con su propia mano ponía el incienso.

Hechas estas ceremonias, sentábase el sumo sacerdote, y vuelto al Rey, le decía así:

—«Señor mío, mira cómo te han honrado tus vasallos y caballeros, pues ya eres Rey y señor confirmado, debes tener mucho cuidado dellos y amarlos como á hijos; debes mirar en cómo no sean agraviados, ni permitas que los menores sean oprimidos de los mayores; ya ves cómo todos los altos hombres están aquí presentes con todos sus caballeros, cuyo padre y madre eres, y así los has de defender, y amparar, y mantener en justicia, porque ellos tienen puestos los ojos en tí sólo; tú los has de regir y go-

bernar, has de tener gran cuenta en las cosas de la guerra, has de tener cuenta que el sol ande, y que la tierra dé sus frutos, y que veles mucho en castigar y matar á los malos, así señores como regidores, á los desobedientes y á todos los demás que cometieren pecados.»

Acabado este razonamiento por el Pontífice, el Rey prometía de cumplir todo lo que se le mandaba, y esto no hablando, mas con meneos y señales de humildad.

Entonces bajábanlo de aquel lugar y poníanlo entre todos los grandes señores que le aguardaban, los cuales le daban la obediencia y le hacian homenaje, y en señal desto le ofrecian algunas joyas de oro y otras cosas ricas.

Desde allí lo acompañaban todos hasta un aposento que estaba en el mismo patio, y allí tenía puesto su sitio y estrado, que ellos llamaban Tlacateco, y allí se quedaba después por espacio de cuatro dias, en los cuales no salía del patio, y en todo este tiempo oraba y daba gracias á los dioses, por haberle dado el reino, y hacia alguna penitencia ayunando, y no comía más de una vez al dia, pero comia carne y todos los demás manjares que se acostumbraban á poner en las mesas de los Reyes.

Bañábase cada dia de aquellos cuatro dos

veces, una á la noche y otra de dia, en una alberca que estaba detrás del templo, diputada para sólo ésto.

Sacábase sangre de las orejas, ponía incienso y ofrecia á los dioses ofrendas reales.

Pasados los cuatro dias, venian todos los señores al templo, muy acompañados, y hecho su acatamiento á los dioses, llevaban al Rey con gran fiesta y regocijo á palacio, y desde aquel dia comenzaba á mandar y señorear.

Los señores de las provincias y pueblos que inmediatamente eran sujetos á México, venian allí á ser confirmados en sus señoríos y oficios.

Esto hacian los dos Reyes, juntamente con los otros caballeros, y de la manera que pasaba con el Rey de México, así se hacia con los Reyes de Tezcuco y Tlacopán, así en la coronación como en las demás cosas que se han dicho; pero habia una cosa más, que muerto alguno destos Reyes, luego lo avisaban al Rey de México, como á Emperador, y él aprobaba la elección.

En la sucesión de los grandes señores habia también gran orden, y era que aunque fuese hijo legitimo ó primogénito, primero tenian ciertos respetos, y eran: si el señor que moria

tenia hijo de mujer, señora de la casa de México, ó hijo del señor y Rey de aquella ciudad, ó de la de Tezcuco, en las tierras sujetas á ese reino, y á aquel hacian señor, aunque hubiese otros primeros.

Y esto se vió al tiempo que la nación española llegó en Tezcuco, porque muerto el Rey Nezauual Cuyocin, no heredó el reino el hermano ni el primogénito, sino Nezauual Pileintli, por ser hijo de una de las mujeres del Rey Nezauual Cuyocin, que era del linaje y casa de los Reyes de México.

Tenian otra consideración entre los hijos, y era: que si el mayor y primero no era para gobernar, ni era guerrero, elegían á uno de los otros que se habia mostrado en la guerra más valeroso, y aunque el señor fuese confirmado, si en las armas no habia hecho algún hecho notable, no por eso quedaba por Rey, y si acaso quedaba con el reino, no traía las mismas insignias de los otros Reyes ni traía tan notables ornamentos.

También acaecía elegir en señor y Rey el padre al hijo que más amaba, y en vida le nombraba y hacia á los caballeros que le obedeciesen, por principal heredero, y aunque para la dicha elección y aprobación se juntaban todos

los grandes señores y caballeros, no tenían en la aprobación igual autoridad.

Lo que en esto había era que si los caballeros hallaban por sus leyes que aquel tal señalado tenía las partes que mandaban, luego obedecían donde no quedaba la determinación al Rey á quien pertenecía la aprobación.

Si al votar y dar sus pareceres los altos hombres no se conformaban.

También tenían otra consideración los del reino, que si veían alguno de los hijos del Rey ser brioso y ganoso del reino, y andaba pretendiéndolo, por el mesmo caso era privado dél, y si se trataba con aparato real y pompa, tampoco era digno del reino, y así el que lo confirmaba hacía información de sus costumbres y de las demás cosas tocantes á lo que pertenecía á un buen rey; si algún gran señor cometía algún crimen lesiæ maiestatis, allende de morir por ello, no heredaban los hijos el estado, mas dábale al pariente más lejos de su linaje; pero á los hijos dábanles algunas gobernaciones de por vida.

Todos los caballeros que tenían vasallos recibían sus estados de manos del Rey, y entonces eran obedecidos alegremente; donde no, no eran señores hasta este punto.

Los Reyes de México tenían sus apellidos de grandes monarcas, de la manera que los Césares y Ptolomeos, porque se decían Aculhuaque, que es tanto como llamar Faraones.

Y así el último Rey se decía Aculhuaque Montezuma.

La majestad y autoridad con que se servían y trataban excedía á la de los turcos y á la del Preste Juan ó emperador de la Trapisonda, y á otro cualquier monarca, y así los otros Reyes antes habían representado gran magnificencia.

El último resplandeció más, como lo suele hacer la candela cuando se acaba.

Esto se puede ver por lo que aquí diré brevemente.

Cuanto á lo primero, en amaneciendo, entraban en palacio quinientos y seiscientos caballeros, que los más eran principales señores, y allí se andaban paseando por los patios, corredores y salas, que excedían á todas las obras de los romanos y nuestras; y allí de dos en dos ó en corrillos, gastaban su tiempo sin entrar adonde el Rey estaba.

La multitud de los criados, lacayos y pajes de estos no tenían número.

Todo este número de señores y criados es-

taban allí desde la mañana hasta la noche.

Ninguno entraba en palacio que primero no se descalzase, y si iba á negociar alguno ó el Rey lo llamaba, vestíase de groseras mantas y muy viles, de manera que aunque anduviese muy galán y aseado, en este punto de hablar con el Rey, no se permitía que pareciese ricamente aderezado; cuando entraban á hablar al Rey, llevaban las cabezas muy bajas y los cuerpos humillados ó corvados, mostrando gran sujeción y obediencia.

Ninguno le miraba al rostro, sino cinco señores, que luego nombraremos.

Cuando el Rey hablaba era muy bajo, que apenas parecía mover los labios, y esto aun era muy pocas veces, porque las más respondía por internuncios, como lo hicieron los Asirios.

Estos eran como secretarios ó del su consejo.

Cuando el Rey salía de su palacio (lo cual hacía pocas veces) iba un oficial delante con tres varas en las manos, que era como macero, que demostraba que allí iba el Rey.

Llevábanlo en unas andas de oro ciertos señores á cuestas, y otros oficiales iban delante quitando las pajas y chinas del camino.

Todos los que iban con él, ó fuesen cerca ó lejos, no lo habían de mirar al rostro, todos llevaban los ojos puestos en el suelo, y lo mesmo hacian los que estaban en las calles por donde pasaba, y tanta reverencia le tenían, que en el mesmo lugar adonde topaban al Rey, se paraban, y no osaban hacer otra cosa, y hasta que pasase inclinaban el cuerpo.

Las ceremonias que se guardaban cuando él comía, también eran notables y de admiración.

Cuando quiera que comía, entraban trescientos pajes, cada uno con su vasija de barro de diversas hechuras, en lugar de escudillas y platos, muy bien hechos y pintados, en los cuales venia un manjar sólo y poníanlos por orden en el aparador que tenían en la misma sala adonde acostumbraba á comer.

Esta pieza estaba toda esterada de esteras muy delgadas y pintadas de palma, y porque el manjar estuviere caliente, tenían muchos braseros, sobre los cuales ponian los platos y escudillas, como lo usan los catalanes en nuestra España.

El asiento real era un cogin ó almohada de cuero de venado, ó de otro animal muy adobado.

Luego que se asentaba el Rey, se asentaban seis viejos muy venerables en otra mesa, algo apartada.

El maestresala luego comenzaba á tomar de aquellos manjares y poníalos á la mesa, que era el mismo suelo, y de aquello que agradaba al Rey comía más ó menos, aunque siempre comía poco de cada cosa, por ser aquella gente más templada que nosotros.

De aquello que el Rey comía, daban á los seis viejos.

Comido aquel plato, tomaban los mismos pajes el servicio primero y pasaban á otra sala adonde había otra mesa en la cual se asentaban cien señores, que eran como duques y condes, y comían de aquel servicio.

Comido lo que les bastaba, pasaban á otra pieza, adonde había otra mesa, en la cual se asentaban doscientos señores de no tanta cuenta y también comían del mismo plato, aun sobraba para otra mesa, adonde había otros caballeros y continos del Rey, y allí se remataba el primer plato.

Era tan grande el orden en el servir, que todos comían á un punto, y se les daba lo necesario, sin hacer falta alguna.

Dábanse de dos en dos platos, pañizuelos de

algodón blanquísimos, y desto eran también los manteles.

Hecho este primer servicio, entraba el segundo de diferentes manjares, y por el mismo orden que se dió el primero, se distribuía el segundo y el tercero y los demás.

Para beber, guardaban el mismo punto, porque entraban trescientos pajes con otros tantos vasos llenos de su vino, que en cada uno cabía media azumbre ó tres cuartillos, y el maestresala servía el vaso, y bebido el Rey, sacaban los demás para los que comían á fuera.

Eran estos vasos, que ellos llaman jícaras, de cierta especie de calabazas diferentes de las de Castilla, y mucho mejores, y son tan pintadas por de dentro y por de fuera que se pueden poner delante de cualquiera gran señor.

En aquellos tres servicios ó más que ponían, se servían todos los géneros de animales, aves y pescados que se podían descubrir en todo el reino.

El mismo orden se tenía en la cena; lavábase al principio el Rey y al cabo y sobremesa, y lo mesmo hacían los otros señores.

La tohalla ó vestido ú otra cosa que se ponía el Rey una vez, nunca jamás servía segun-

da vez, y lo mesmo se hacia en lo tocante á la vajilla y vasos.

Había otra magnificencia en casa de estos Reyes, que en las despensas adonde estaba la comida, y en las botillerías adonde estaban los vinos, siempre estaban abiertas para cuantos quisiesen comer y beber.

Esta grandeza, con lo que queda dicho, aunque en los otros Reyes se guardó, todavía Montezuma excedió, porque ninguna cosa halló ni pensó, que fuese digna de Rey, que no la usase y pusiese por obra.

De todo esto hizo larga mención Hernando Cortés, valeroso capitán que ganó á México, en la relación que envió en escrito al emperador nuestro señor Don Carlos V.

De cinco Reyes que habia en la Nueva España, el de México precedía á todos los demás, y era como monarca ó emperador.

El primero en dignidad, después del mexicano, era el de la ciudad de Tezcuco, que está enfrente de la laguna de México; señoreaba quince provincias, y allí tenia su corte y majestad.

Una legua de México estaba otro Rey, que se intitaulaba de Tlacupan, que hoy decimos de Tacuba; reinaba sobre diez provincias.

A cuatro leguas de México, reinaba el cuarto Rey, que era de Quahotitlan.

Y el quinto era de Coyohuaçan, que era dos leguas de México; todos estos reconocian al de México, y comunmente estaban de asiento en la corte del Rey de México, y cada uno destos en sus reinos se trataba con casi la magnificencia y majestad que el de México, y si no con tanta multitud, á lo menos con la ceremonia.